

ministros. No perdonó al militar que cifra su medra ántes en bajas intrigas y reprobadas artes, que en el esfuerzo del brazo y en la entereza y virtud del corazón; ni dejó de avisar discretamente á alguno que, teniendo por oficio santo la humildad y el dejamiento de todas las cosas, todas las codicias, y de sí y del cielo olvidado, se echa en brazos de la ambición, del logro y de la vanidad.

Iba la dureza de esta reprensión templada con el donaire, é interrumpida por chistes y escenas imprevistas, de figuras extravagantes, para que, divertida la atención con las burlas y saltos repentinos de un asunto á otro, no se viese disparada la piedra á tejado conocido. Nadie pues á incuria ó defecto atribuya el desorden en la colocación de los asuntos, la brusca transición de lo grave á lo jocoso y grotesco, y la continua mezcla de personas y clases. Misterios encierra este caos, por el cual se libró de persecución el autor, y tuvieron los discursos carta blanca para correr sin alarmar la suspicacia de los aduladores y entremetidos, la vanidad de los mezquinos de corazón y la irritabilidad de los poderosos. Aquí entretiene y distrae la desvergüenza de una cortesana, la miseria de un remendon y la fatuidad de un lindo galancete; allí un filósofo ocupando su entendimiento en discursos contra su salvación; á esta parte desatan la risa y la chacota los Galenos con ridículas recetas, y los letrados con estupendos pareceres; acullá los ademanes de hipócritas y lisonjeros; acá los alquimistas, astrólogos, quirománticos, ensalmadores, y cuantos supersticiosos y embusteros proscriben las ciencias y retrasan é imposibilitan la pública ilustración, y á cada instante se ofrecen blanco de la dicacidad del escritor los fraudes y engaños de los gremios, un mercader usurero y charlatan, un excelente amigo de conveniencia, un sañete aprovechado, un pastelero ingenioso, un tabernero cristiano, un ventero rapante. Tal, en resúmen, es la esencia, giro y disposición de los *Sueños* ¹.

Maravillosamente retrata la *Casa de locos de amor*, en todas las edades, estados y situaciones de la vida, este fuego y alimento del corazón humano. Ha sido y será siempre inagotable raudal de caracteres y personajes dramáticos, y estudio constante de los que merecen el nombre de poetas.

Del *Sueño de las calaveras* citó Capmany la descripción del solio desde donde ha de juzgar Dios á los hombres en el día del juicio, como uno de los rasgos más felices que tiene el castellano.

Esfuerzo de talento resalta en el *Alguacil alguacilado*, poniéndose en boca del diablo la predicación más útil, verdades bastantes á convertir una piedra, para que el demonio diga que las pronuncia por hacer mal, y porque no haya ninguno que pueda excusarse con que faltó quien lo advirtiese. Pero sobre todo, recomienda el tratado la preciosa aunque desconsoladora aparición de la justicia buscando por la tierra un asilo que no halla, y refugiándose al cielo, mientras algunas varas usurpan su nombre en concejos y tribunales.

Deben las *Zahurdas de Plutón* estimarse como uno de los más brillantes destellos del ingenio de nuestro moderno Luciano. Tienen por asunto discurrir por qué prefiera el

¹ «No á pocos ha maravillado que un ingenio, tan templado y grave en las veras, escribiese con tanto chiste y donaire en los asuntos burlescos y jocosos. Estas sátiras morales son las producciones legítimas de su genio y de su ingenio. Aquí es donde se hallan las agudezas, las alusiones festivas, las metáforas más felices, las imágenes más vivas, que han quedado como proverbios y dechado de la frase fa-

miliar é idiotismos naturales de nuestra lengua. Pero en ninguno de sus escritos muestra más maestría y variedad en la locución, más conocimiento y manejo de la índole y riqueza de esta misma lengua, mas valentía en las descripciones, ni más inventiva en los términos de los retratos que dibuja, como en los *Sueños*.» (Capmany.)

hombre el vicio á la virtud, y en ella menosprecie seguros bienes, trocándolos por desengaños y dolores. Al diseñar el moralista la estrecha senda de la una y el ancho y frecuentado camino del otro, saca de la paleta las tintas más agradables y vivas, engalanando el cuadro con léjos encantadores, soberbias fábricas y animadísimos grupos. Dante le inflama con sus cantos; Fratelli Organna y el Bosco le prestan su inventiva y la entretenida variedad y el fuego de sus frescos y tablas ¹. Muy pronto nuestro censor echa mano del ridículo (arma irresistible) contra aquella generación afanosa de fundar mayorazgos á precio de iniquidades, para saciar brutales instintos de hijos derrochadores y ociosos; y tan interesada, que decia por refrán: «¡Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno!» Asesta punzantes invectivas contra los nobles que libran su vanidad en la virtud ajena, y la afean y ultrajan con acciones propias ². Duélese de que el mundo lo entienda todo al revés: llame hobo al que no es sedicioso, alborotador ni maldiciente; sabio al mal acondicionado y escandaloso; valiente al desvergonzado y perturbador del sosiego, y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar á que le pierdan el respeto. Y moteja, en fin, al mundo por haber puesto en lo más interesable y frágil las prendas de mayor estima: la honra en arbitrio de las mujeres, la salud en manos de los médicos, y la hacienda en las plumas de los escribanos.

Reparando, al visitar las infernales regiones, los tormentos de los condenados, excédese QUEVEDO á sí mismo cuando pinta el torcedor y martirio cruel de los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y de nada les sirvió el mal aprovechado caudal de razón, doctrina y buen entendimiento. Es vehemente cuando retrata los castigos de los que se dedicaron á escribir obras perniciosas, á forjar tratados para entronizar errores y preocupaciones, á encadenar y entorpecer los adelantamientos científicos y la popular ilustración. Esto le lleva á un curioso escrutinio de hombres y libros, á la manera del donoso y grande que hizo el cura de Argamasilla en la librería del Hidalgo manchego, con el cual rivaliza, si no en elegancia y lozanía, en lo oportuno de la crítica, en lo justo de la sátira y en la utilidad del vejámen.

Amaestrado en la descripción del infierno que fantaseó el cisne mantuano, y mejoró el cantor de la *Divina comedia*, con vigorosas figuras morales adorna las puertas de las oscuras grutas, donde no puede entrar jamás el rayo consolador de la esperanza. Extiéndense cerca del umbral los embaucadores y herejes de todos los siglos; las memorias é imágenes de la edad antigua y de los tiempos modernos atraviesan lentamente las sombras y embellecen y completan la pintura.

A vueltas de estos grandes rasgos, procesa nuestro Menipo á los que tienen enfermiza la conciencia y dañada el alma; á los que de las palabras hacen mercancía, ora se apelliden médicos, saludadores ó químicos, y deslumbran con su charla y embellecos á incautos é inocentes; á los poetas de roncon y terremoto, á los llamados cronistas, embusteros y aduladores con cédula; sin olvidar ninguna de aquellas clases donde los vicios tenían más hondas y aferradas raíces.

El mundo por de dentro se limita á probar que el hombre es todo mentira, por cualquier concepto que se le examine, y á condenar el congojoso anhelo de todos por pa-

¹ El padre Sigüenza, en la *Historia de san Jerónimo*, se muestra muy entusiasta del último de estos pintores, y dice que llama á sus obras disparates gente que repara poco en lo que mira.

Q-1.

² Para ver si apuntó QUEVEDO alto ó bajo, léase la página 312.

recer otra cosa de lo que son. Cuida el sastre de pasar en la calle por caballero; el hidalgo presume de señor, y empeña y desentaja su escaso patrimonio; el grande remeda ceremonias de rey por aparentarlo; aciago de cara el mentecato, alábase, aspirando á pasar plaza de sabio, de que tiene poca memoria, quéjase de melancolías, vive descontento y préciase de mal regido. Queda en este *Sueño* todo hipócrita mal parado. ¿Qué esperanza es la del hipócrita? Ninguna; pues ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es.

La vanidad de los entierros, la soberbia de los difuntos, la fingida tristeza de los amigos, llena de hiel la pluma, que nos echa en rostro la fría indiferencia con que miramos el camino del sepulcro y los féretros precursores de nuestro viaje. Y ofrece, por último, ancho campo á la mordacidad del filósofo nuestra viciosa naturaleza, rigiendo los ímpetus del corazón, no por generosos, ántes por mezquinos móviles: la viuda se consuela en la pérdida del marido con la esperanza de que le sustituirá el amante; en seguimiento del criminal, solo por hurtar al ladrón el hurto, aventura el alguacil su persona; el amigo es oficioso con su amigo para deshonrarle; el cortesano con el magnate por la medra interesada.

En la *Visita de los chistes*, último de los *Sueños*, donosamente graceja el señor de Juan Abad con aquellos personajes que el vulgo ha convertido en mitos, como don Diego de Noche, Juan de la Encina y el marqués de Villena, ó con aquellos otros hijos de la fantasía del pueblo, creados para bordon de sus conversaciones y exposicion de sus afectos, como el rey que rabió, para hiperbolizar las antigüedades; Mateo Pico, los desatinos; Chisgaravis, los bulliciosos; Troche-moche, los desalumbrados. Pero á vueltas de tales civilidades, entre las bufonadas y chanzonetas que sazonan el discurso, descúbrese miras de mayor interés, de alta y verdadera política. QUEVEDO cuenta el dinero á España, examina sus fuerzas y su crédito, busca remedio á sus males, anatematiza sus preocupaciones, el sistema de sus estudios, el embrollo de su legislación y la farándula de su foro, recomendando la administracion de justicia en los siglos xiv y xv por más sencilla y más útil. ¡Debilidad de la humana condicion, rendir á lo antiguo la alabanza que niega á lo presente!

Completan las obras satírico-morales el *Discurso de todos los diablos* (que ahora conocemos con el nombre de *El entremetido, la dueña y el soplon*), y *La hora de todos y la fortuna con seso*, ambos de un mérito sobresaliente y de profunda y práctica filosofía.

Opúsculo enigmático y figurativo el primero, brotó del libro de la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, y sugirió el pensamiento del *Marco Bruto*. Retratando la situacion de España, consolidado ya el gobierno de Felipe IV, disparaba agudas saetas contra la tiranía y soberbia del poder, viéndose muchos de los dignatarios retratados al vivo en cada una de las cláusulas. El interés, animacion y vida que tales alusiones prestaban á este rasgo, ha desaparecido con el tiempo: hoy solo queda en pié la pureza de su moral, lo útil de su política, lo galano y chistoso del estilo. En vano los unos aparentaban tomarlo por los otros: la sátira escocía, el intento humillaba, enfurecía el arrojito. DON FRANCISCO aumentó con ello el número de sus enemigos. Pero ¿cómo reprimir la impetuosa natural, contemplando el cetro amarrado siempre al despotismo de avaros y estóridos validos; los más caros intereses de los reyes y de los pueblos sujetos al provecho particular de un hombre, al antojo de una dama y á merced de un adulator; en acrecentamiento los males públicos; mancillados por el cohecho el decoro y la santidad de la magistratura? Todo el discurso es una alegoría: el infierno,

aquella sociedad tan parecida á muchas; los diablos, aquellos criminales y sus vicios dorados por la desvergüenza y la fortuna; aquellos tiranos, los de todos los siglos, reproduciéndose como la cizaña de los campos en cada primavera. A cada paso preséntanse á los ojos del autor, vagando por los consejos y pórticos, vinolentos sátrapas, Clitos y Seyanos, Tiberios y Calígulas; llegando su indignacion hasta poner en boca de Clito «que para advertir cuán poco caso hacen los dioses de los imperios de la tierra, basta ver á quién suelen darlos algunas veces».

Pero si condena tan duramente al hombre inicuo, ciña bayeta ó púrpura, jamas estorba ni escatima la admiracion y el elogio á los que aman la justicia, premian la virtud, honran los soldados, se sirven de los doctos, se esconden á los aduladores, buscan ministros severos que repartan con igualdad los premios y los castigos. No es mala condicion suya la ponzoña que parece destilan sus escritos, sino que aquel pone en su punto la medicina que sabe hacer remedios de los venenos.

Endúzase lo acerbo del opúsculo con la grotesca y no limpia descripción de las plagas que abruma la humana vida, con el chistosísimo y peregrino sistema de hacer testamentos, y con el parangon de las diversas raleas y castas de poetas. Su fin se encierra en estas breves y preciosas palabras: «La prosperidad es la peste del corazón. El rico dice: Hay que comer, que guardar y que gozar. Y el pobre: ¡Ay, Dios mío! ¡Dios me remedie! Y pide con Dios y come por Dios; y al uno le llaman por-diosero, y al otro hombre sin Dios. Trabajos délos el sumo Señor; descanso, buenaventura y felicidad el infierno.»

QUEVEDO no tiene á mi ver obra ninguna de pensamiento más filosófico, más grande ni más profundamente ingenioso que *La hora de todos y la fortuna con seso*. Sorprende al lector señalando para todos en el mundo una hora en que se vea sujeta la fortuna al imperio de la razon, de la prudencia y del juicio; y desconcierta al que estudia y medita con que, despues de tan liberal providencia, el mundo sigue el mismo que era, los mismos los oficios y estados, los mismos los hombres; demostrando que los favores ó desdenes de aquella caprichosa deidad por sí no son malos, pues sufriendo estos y despreciando aquellos, son tan útiles los unos como los otros.

Llama Júpiter y residencia á la fortuna: «Tus locuras, tus disparates y maldades son tales, que persuaden á la gente mortal que, pues no te vamos á la mano, que no hay dioses; que el cielo está vacío, y que soy un dios de mala muerte. Quéjense que das á los delitos lo que se debe á los méritos, y los premios de la virtud al pecado; que encaramas en los tribunales á los que habias de subir á la horca; que das las dignidades á quien habias de quitar las orejas, y que empobreces y abates á quien habias de enriquecer.» El padre del olimpo decreta que en un dia y en una propia hora se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno merece. Verificase esto el 20 de junio de 1635, á las cuatro de la tarde. Arrebátase en huracan la fortuna; confúndese todo. En esta hora, los que por verse despreciados y pobres eran humildes, se han desvanecido y endemoniado; y los que abundaban en honras y riquezas, siendo por ello viciosos, tiranos, arrogantes y delincuentes, viéndose pobres y abatidos, están con arrepentimiento y retiro y piedad: los hombres de bien se han hecho pícaros; los pícaros, hombres de bien. Júpiter, para satisfaccion de las quejas de los mortales, díceles que pocas veces saben lo que piden, siendo tal su flaqueza, que el que hace mal cuando puede, le deja de hacer cuando no puede; y esto no es arrepentimiento, sino dejar de ser malos á más no poder. El abatimiento y la miseria los encoge,

no los enmienda; la honra y la prosperidad les hace hacer lo que si las hubieran alcanzado siempre, hubieran hecho. Cúmplase la hora: un decreto soberano manda que no se prolongue. La fortuna vuelve á engarbullar los cuidados del mundo y á desandar lo devanado; resbálase por los aires, y encamina su rueda y bola por las rodadas antiguas. Mírese pues cuán sazonados eran los frutos y comunicativa la experiencia de quien por largos años había tratado en la adversa y próspera suerte á hombres bajos y humildes encumbrados en altas dignidades, y había visto rodar hasta el polvo y la miseria próceres ilustres; ministros presa de la soberbia y de la iniquidad en los palacios, y ejemplo de resignación, de virtud y de santidad en el patíbulo; troncos vacilantes, príncipes huidos, ó despojados, ó muertos violentamente; la superstición, la herejía acosando la pureza de la fe y fanatizando la tierra.

Tienen lugar en este libro, propia y verdaderamente político, cuestiones de gobierno que absorbían la pública atención en 1635; examínanse, para desarrebozar sus proyectos, la condición y carácter de los potentados de Europa, las fuerzas de cada principado, la índole de sus pueblos; partiendo de aquí para discurrir con acierto sobre sus destinos futuros. El tratadillo, burla burlando (afirma su autor), es de veras; tiene cosas de las cosquillas, pues hace reír con enfado y desesperación. Pudiera añadirse que está el plan trazado con la mayor unidad; que es oportuna y agradable la distribución de los miembros y figuras, y aquellos personajes que se traslucen en la obra tienen un parecido extremado.

QUEVEDO, que ciertamente no fué un miserable zoilo, ni emponzoñó su alma al soplo de asquerosa envidia, ni censuró sin corregir, ni derribó sin edificar, y siempre calificó la doctrina con el ejemplo, concluye la parte doctrinal del discurso con un programa de gobierno que él mismo sin duda hubiera seguido, á tomar parte, como deseaba el monarca español, en los públicos negocios.

No ha de estar siempre tirante la cuerda del arco: horas de recreación apetece el fatigado y afligido espíritu del que escribe y del que lee, pudiendo sacar en ellas no escaso provecho de los ejercicios honestos y agradables. QUEVEDO (como el autor del *Persiles*) puso también con obras festivas su mesa de trucos en la plaza de nuestra república para solaz y entretenimiento del vulgo. Y si quedó inferior al rey de los escritores españoles en la belleza clásica de las figuras, en el decoro y decencia del estilo, y en lo inofensivo y ejemplar del asunto, dejó todavía modelos difícilísimos de imitar, que vivirán mientras viva y se estudie la hermosa lengua castellana.

Son pues en extremo apreciables los discursos festivos de nuestro caballero de Santiago. En ellos campean el gracejo, las sales picantes, el donaire y el chiste, buscando más la risa y deleite que la enseñanza, sin que por esto á veces (como dice elegantemente el señor Quintana) deje de descubrirse la garra del león, y bajo la máscara de Momo, al pensador filósofo y al escritor grande y sublime¹. Recomiéndanse por una superioridad pasmosa á todas las preocupaciones de aquel siglo, y por un singular conocimiento de los gustos, inclinaciones, instintos, errores y vicios que en el corazón humano imprimen la educación, el territorio, las tradiciones de familia, las vicisitudes de la fortuna y estado de cada persona. Ya parece que jugando con la espuma arroja pompillas al aire, cuando ridiculiza los dicharachos, refranes y desperdicios de nues-

¹ En las obras satírico-morales vierte con liberalidad las sales y gracejos de la lengua, y los conceptos de su inventiva imaginación, que parece agotó este caudal para los

venideros. Así han sido ménos desgraciados los que le han robado sus gracias que los que han querido imitarlas. (Capmany.)

tra conversación. Ya como que se goza en mortificar á los poetas hueros y granzones, sacando á plaza sus debilidades, insolencias y barbarismos. Ya tiene embobado al lector con la genealogía, parentescos, usos y costumbres de las innumerables clases de necios y mentecatos que pueblan toda la redondez de la tierra, clasificándolos y definiéndolos. Ya cuenta la vida y ocupación de los truhanes, ociosos y entretenidos de la corte, y forma inventario y registro de sus alimañas, gusarapos y sabandijas.

En las *Cartas del caballero de la tenaza*, sorprenden las saladisimas excusas y razones que halla el cofrade para zafarse de embestimientos masculinos, restreñir la faltriquera, y desahuciar las enfadosas demandas de pedigüeñas y busconas de oficio ú ejercicio. Esta letra lleva por divisa el caballero:

Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.

En el *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, bajo la máscara de trivial y regocijado pasatiempo, desconcierta las cavilaciones supersticiosas del vulgo, ahuyenta de la pública ilustración los restos de barbarie y de gótica rudeza, extirpa los errores que profanaban las ciencias, desacredita la farsa de los charlatanes y embusteros, humilla las pretensiones de entendimientos botos y medianos, y purifica la lengua de las peligrosas novedades de los afectados, del gongorismo y de la ignorancia.

Es la novela del *Buscón* lo mejor de sus rasgos festivos, inspirada por el *Lazarillo de Tórmes*, y escrita para emular con ventaja al *Picaro Guzman de Alfarache*. Recomiéndanla singular economía en la narración, interés en los sucesos, verdad en los retratos, viveza en las descripciones, aventuras amorosas delineadas con gallardía, sales y agudezas á manos llenas prodigadas. Aféanla algunas palabras y escenas que repugnan, como la patente y burlas que por nuevo hicieron á Pablos los estudiantes de Alcalá; pero no es cierto (como expresa M. Ticknor) que llegue en una ó dos ocasiones el desatino hasta la blasfemia. Ni la religiosidad y sabiduría del autor lo hubieran consentido, ni ménos la suspicacia de la censura ni el cristiano celo de los calificadores.

QUEVEDO comunicó á la fábula toda la frescura y lozanía de sus juveniles años; y es por ello de sus escritos el más libre de afectación, el más rico en gracias vivas y naturales, el más claro, llano y corriente, y donde se acercó á la amenidad, sencillez deleitosa y blando estilo del *Quijote*. Prendas tales justifican la popularidad que siempre ha gozado, el aprecio de los doctos, el interés con que es leído y las muchas impresiones que cuenta.

En él, como en todo lo de nuestro autor, resalta un objeto político de aplicación inmediata, y domina y se desprende un pensamiento filosófico y una lección provechosa á la humanidad: la de que, viciado el corazón en la niñez con fatales ejemplos, ni los estudios ni el desarrollo de un ingenio despejado alcanzan luego á enderezar sus torcidos y bastardeados instintos. El héroe, de ruin y baja prosapia, aficionado á la vida holgona y á sustentarla rateramente con trapazas y engaños, es todo un petardista, un caballero de industria, ambicioso de figurar en las aulas, en las grandes ciudades y en la corte como hidalgo y caballero, sin que jamás ni aun siquiera le pasase por las mientes (según aventura Bouterwek) capitanear bandoleros por las sierras de Castilla. En vano un descalabro y otro en cuantos reprobados medios pone en juego para me-

drar, le avisan que reforme su conducta, y busque en el honesto y virtuoso trabajo el pan de cada día; en vano la razón le llama al buen sendero y el entendimiento le persuade para que emplee dignamente sus fuerzas: ha perdido el tino; y como el enfermo piensa encontrar alivio, volviéndose de un lado á otro, así imagina el Buscón hallarle mudando de lugar, y no de vida y costumbres. Prueba de ingenio y habilidad, poner instintos de caballero en el hijo de un ahorcado y sobrino de un verdugo, y hacerle vivir de la estafa, para cargar pesadamente la mano sobre vicio tan común en la aristocracia de aquel tiempo.

Se ve pues en estos juegos y travesuras cómo no se oscurece el escritor político, pues que todos sus rasgos tienden á mejorar al hombre y la sociedad, poniéndole delante el espejo de sus imperfecciones y los medios prácticos de corregirlas.

Con algun detenimiento he juzgado hasta aquí las obras que determinan el peculiar carácter del señor de Juan Abad, y que forman precisamente la materia de este primer volumen, de los tres que ha de publicar la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. A cada cual de ellos precederá un juicio de las que abraza, y por lo tanto cúmpleme solo adelantarse ahora las especies que basten á conocer el escritor y la índole de sus estudios.

Quien afrontaba la colosal empresa de reformar las costumbres y la gobernación de la monarquía en los reinados del tercero y cuarto Filipo, debía de ser por necesidad político profundo, teólogo, asceta, moralista, filósofo, y lo que parece un delirio, poeta.

Efecto de antiguas instituciones, del ferviente espíritu religioso que sostuvo una contienda de ocho siglos, y de las especiales circunstancias en que á la sazón se hallaban estos reinos respecto de Europa, desgarrada por la herejía, aquella generación vivía en la Iglesia y dedicada á la Iglesia. Estudiaban con el mayor ahínco la teología y sagradas letras los médicos y los políticos, los guerreros y los juriconsultos, cuantos aspiraban á captarse el respeto y la consideración general. Los más de los escritores y sabios honrábanse con la dignidad del sacerdocio; parte á las armas, parte al altar dedicaban los próceres sus hijos; una mitad de las ciudades eran templos, monasterios, conventos, santuarios, ermitas, capillas y retablos; sus funciones, ejercicios y actos piadosos constituían la ocupación de las familias hidalgas y acomodadas, y asimismo el honesto esparcimiento de los gremios y oficios. En su seno abrigaban las cofradías y oratorios lo principal de la corte, fomentándolas con su frecuente asistencia el monarca, la reina, los príncipes y el privado⁴. Las fiestas y solemnidades celebrábanse con certámenes poéticos, distribuyendo premios á los vencedores y haciendo de los templos unos cristianos liceos; habíalos invadido, en fin, el teatro con los autos sacramentales y el aliño de sus loas y entremeses, y se habían introducido á su vez en los coliseos las comedias de santos. Aquella sociedad moraba pues dentro de la iglesia. ¿No habían de rozarse con ella todas las conversaciones? ¿Qué otro tema las alimentaría más de ordinario que la censura de tal sermón, de cuál arenga? ¿Dónde hallar más á mano puntos de comparación, imágenes, metáforas, hipérboles, sino en las ceremonias, palabras, erudición y objetos eclesiásticos? ¿Cómo un escritor popular, que bosquejaba los rasgos satírico-morales y festivos tan solamente para su siglo, no le había de reflejar en todo, siguiéndole el humor y el genio, y hablando su idioma y valiéndose de sus propias frases y modismos? A pro-

⁴ En el oratorio de la calle del Olivar, muy favorecido de Felipe III, de la real familia y del duque de Lerma, encontrábanse alistados QUEVEDO, Cervantes, Lope de Vega, las Barbadillo, Espinel, el maestro Paravicino, Valdivielso, el príncipe de Esquilache, Pellicer, Miguel Silveira, Vincencio Carducho y otros floridos ingenios.

ceder de otra manera, fuera el manjar desabrido á aquella sociedad, y muy amarga la medicina:

*Così all' egro fanciul porgiamo aspersi
Di soave licor gli orli del vaso.*

Considerado QUEVEDO con relación á su siglo, pierde su fuerza la grave inculpación con que cierra Capmany, en su *Teatro crítico*, el juicio de este hablante excelente, llamando (á veces con harta injusticia) aquellas metáforas, comparaciones é imágenes, gracias de entremeses de sacristanes y escolares; y pierde por último casi todo su valor la pincelada brillante de M. Adolfo de Puibusque, haciendo que Lope y QUEVEDO se crucen en su camino; aquel saliendo del mundo para entrar en la Iglesia, este de la Iglesia para entrar en el mundo.

Para valer ante el público era en nuestro autor una imprescindible necesidad mostrarse familiar con los escritos de los santos Padres, empapado en su doctrina, rico y poderoso con los tesoros de su irresistible elocuencia. De cuanto habían aguzado y esclarecido su ingenio, dió solemne muestra con sus obras teológico-ético-políticas, entre las que se llevan la palma la *Vida de san Pablo*, la de *Santo Tomás de Villanueva*, la *Cuna y la sepultura*, la *Virtud militante* y la *Providencia de Dios*, mina preciosa é inagotable para el cristiano filósofo y orador sagrado, para el espíritu religioso y para el hombre apasionado por saber y por ilustrar sólidamente su alma. Como asceta, no creyó prestar más obsecuente servicio que vertiendo al castellano la *Introducción á la vida devota de san Francisco de Sales*.

Profundamente docto en letras humanas, sazónó todos sus escritos con la mejor doctrina, máximas y apotegmas de los filósofos y poetas de la antigüedad; se ocupó en indagar el *Origen de los estóicos*, y en la *Defensa de Epicuro*; y mereciéndole una predilección singularísima las obras de Séneca, consagróse á traducir, comentar é ilustrar algunas de ellas; de cuyos trabajos parte goza la prensa, parte se halla aun sin publicar, y parte creo que enteramente ha perecido.

Quien rebosaba en tan vasta y peregrina erudición, hondamente impregnado en todos los humanos conocimientos, debía comunicar novedad é interés al menor de los rasgos de su pluma. Sus cartas, los incidentes de sus muchos pleitos, su intervención en graves negocios de estado, algo de las secretas causas de sus persecuciones y amarguras, y gran número de papeles relativos á sus prolijas prisiones, serán estimados y ávidamente leídos en el *Epistolario y documentos* de su vida, que formarán una de las más curiosas secciones del segundo tomo.

Compondrán otra del mismo los *Discursos críticos literarios*, donde entrarán á porfía juicios, aprobaciones, prólogos y curiosas advertencias á tratados ajenos, cuestiones filológicas, altercados, escaramuzas literarias, y polémicas. ¿Cómo no excitar la envidia tanto mérito? ¿Cómo no promover alborotos quien tenía que habérselas con el gremio irascible de los poetas? ¿Cómo no venir á las manos quien andaba siempre lanza en ristre contra toda clase de malandrines y vestiglos? La guerra es la vida y el aliento del mundo. Los elementos chocan entre sí, el mar se revuelve en sus entrañas. ¿No ha de luchar el hombre con el hombre? Acaso pudiera por este general estilo coonestarse entre los escritores la guerra como aguzadora del entendimiento, si para avivarle, robustecerle y arrancarle con el choque brillantes centellas, se midiesen armas iguales, y no traidoras y vedadas. Pero la medra del escándalo, y una exagerada vani-

dad en los ingenios baladíos, el resentimiento y la venganza en otros más granados, y en alguno la perversidad de vida y costumbres, envilecen el fecundo y pacífico laurel de las letras con la calumnia, la sucia personalidad, el tabernario chiste, la falsedad insolente, el cobarde anónimo. Los tiempos todos son iguales: en todos han existido Cínicos y Bernias, Zoilos y Aretinos. ¿Habíanle de faltar á QUEVEDO sapos que digan, como el de la fábula de nuestro insigne Hartzzenbusch,

No te escupiera yo si no brillaras?

En estas luchas, indignas de los que aspiran al nombre de sabios, y no saben ser dueños de sí mismos, se perdona á QUEVEDO el ímpetu y destrozo de la acometida, porque la verdad y la justicia le acompañan en el arranque. No le dictaron ciertamente la buena fe ni un aliento generoso y bizarro la *Perinola*, donde muele como aleña y cihera, trilla, desmenuza y despolvorea el *Para todos* de Montalban; y sin embargo, ni una sola censura hay en ella injusta ó infundada. Méenos críticos y más ciegos sus enemigos, dejaron ilesa la parte vulnerable de sus obras, y se estrellaron contra la más fuerte, dando manifiesta prueba de impericia, de ignorantes ó de apasionados. Perez de Montalban, los padres Niseno y Aliaga, don Luis Pacheco de Narvaez, Góngora y el famoso don Juan de Jáuregui, y otros émulos de menor cuantía, pudieron en sátiras y epigramas, en la *Apología al sueño de la muerte*, en la *Venganza de la lengua española*, en las *Anotaciones á la Política de Dios*, en la comedia del *Retraido*, y en el *Tribunal de la justa venganza*, colmar de insultos y denuestos á DON FRANCISCO, mortificarle, azuzar contra él á los poderosos; pero uno á uno y todos juntos no lograron hacer mella en su renombre ni cortar el vuelo de su fama. Tales diatribas harán parte de los apéndices. Estériles para el mejoramiento de los estudios, aprovechan para reprension de los vivientes, y advertencia de los más sutiles y almidonados. Pero volvamos á nuestro propósito.

Hemos dicho que el político no podía prescindir de ser todo un poeta. Era entonces la de hacer versos manía y enfermedad pegadiza. Componíanlos desde el príncipe hasta la ínfima plebe: Felipe IV, el infante don Carlos, los duques de Nocera, Osuna y Pastrana, el marqués de Alcañices, el conde de Olivares, los de Salinas, Villamediana, Saldaña y Lemos (autor de un bellissimo romance *A la Soledad*), el príncipe de Esquilache, y otros próceres y capitanes ilustres. Para ser oído de ministros y jueces trovadores, ¿cómo no hablar en consonantes? Mercurio, en el *Viaje del Parnaso*, á vueltas de zapateros y sastres, criollos y mestizos, con una criba

Zarandó mil poetas de gramalla.

¿Cómo no aprovecharse del hechizo de la rima para herir vivamente la imaginacion de aquel pueblo coplero, que tenía

En cada esquina cuatro mil poetas¹?

Pícaros poetas, con zumbido de abejon y canto de cigarra; que no á todos, aun

¹ *Rimas humanas y divinas*, del licenciado Tomé de Burguillos. Madrid, 1654.

cuando se llamen tales, otorga la naturaleza el verdadero y hermoso don de la poesía, casta virgen, á quien llama Cervantes

La gala de los cielos y la tierra,
Gloria de la virtud, pena del vicio.

QUEVEDO recibió de sus manos, para lograr cuantas dotes y prendas quilatan á un hombre extraordinario, los más brillantes laureles, que las nueve hermanas le cñeron propicias.

«Sus versos (dice el excelentísimo señor don Manuel José Quintana) son de ordinario llenos y sonoros. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta, no sea el principal, nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos, excelentes unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesía, nerviosa y fuerte, va impetuosamente á su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectacion y mal gusto del escritor, se la ve marchar no pocas veces con una fiereza, una audacia y una singularidad que sorprende. Sus versos de cuando en cuando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros, vienen á herir el oído con su vibracion fuerte y sonora, ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen, ó por la novedad y energía de la expresion. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él; de nadie períodos poéticos más pomposos y valientes. Despues de tributarles la admiracion que se les debe, no puede méenos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que QUEVEDO ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides. Yo bien sé que se divierte con lo que escribe, y delira porque quiere; pero todo tiene su término. La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles, unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los cuales se ven mezclados unos con otros, sin economía, sin juicio y sin decoro. A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, QUEVEDO será leído con estimacion, y admirado justamente en muchos pasajes.»

Suavizó el señor Quintana este su parecer tan fundado y tan verdadero, reconociendo cómo no era posible juzgar completa y acertadamente al gran poeta, cuando solo habia llegado á nosotros por acaso una mínima parte de sus obras, ni escogida ni dispuesta para ser publicada. Añádase que sus versos no fueron hechos nunca sino inspirados y nacidos al fuego germinador de un estro irresistible. Unos eran chispazos de aquel vehementísimo ingenio; otros el suceso del dia, la carta al amigo, el vejámen al adversario, la intriguilla amorosa, el fugaz piropo al bostezo de Filis, el cebo para ablandar á una esquivia hermosura; estos el desenfado de un instante de buen humor; aquellos el compromiso de una academia (el enojoso album no se conocia entonces, pero no faltaba qué le sustituyese). Ceñíase QUEVEDO á nutrir de pensamientos y sentencias estas fugitivas composiciones, y fiado en la destreza única y sola con que sabia utilizar frases comunes y vulgares asuntos, resistíase á la enmendacion y lima, cayendo desde lo sublime á cada paso en vulgaridades y bajezas. Pero si revisó alguna vez sus versos, los mejoró siempre.

Tuvo la desgracia de hacer poca estimacion de ellos, presumiendo más de otras erudiciones. Ejecutábanle, sin embargo, y apremiábanle sus amigos por la diligencia